



Frank R. Stockton

El grifo y el
Canónigo Menor

E LEJANDRIA



Frank R. Stockton

El grifo y el
Canónigo Menor

 LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

EL GRIFO Y EL CANÓNIGO MENOR

FRANK R. STOCKTON

PUBLICADO: 1885

FUENTE: EN.WIKISOURCE.ORG

TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA

**EDICIÓN ORIGINAL: C. SCRIBNER'S SONS, NEW YORK,
1923**

EL GRIFO Y EL CANÓNIGO MENOR

Sobre el gran portón de una antiquísima iglesia, que se erigía en un tranquilo pueblo de una tierra lejana, estaba esculpida en piedra la figura de un gran grifo. El escultor de antaño había realizado su trabajo con gran esmero, pero la imagen que había creado no era agradable a la vista. Tenía una gran cabeza, con una enorme boca abierta y dientes salvajes; de su espalda surgían grandes alas, armadas con afilados ganchos y púas; tenía robustas patas delanteras, con garras protuberantes; pero no tenía patas traseras: el cuerpo se extendía en una larga y poderosa cola, rematada en el extremo con una punta de arpón. Esta cola estaba enrollada bajo él, con el extremo sobresaliendo justo detrás de sus alas.

El escultor, o las gentes que habían encargado esta figura de piedra, debieron de quedar muy complacidos con ella, pues se habían colocado pequeñas copias de la misma, también en piedra, aquí y allá a los lados de la iglesia, no muy lejos del suelo, para que la gente pudiera mirarla fácilmente y meditar sobre sus curiosas formas. Había muchas otras esculturas en el exterior de esta iglesia —santos, mártires, cabezas grotescas de hombres, bestias y pájaros, así como las de otras criaturas que no pueden ser nombradas, porque nadie sabe exactamente lo que eran—; pero ninguna era tan curiosa e interesante como el gran grifo sobre el portón y los pequeños grifos a los lados de la iglesia.

A una enorme distancia del pueblo, en medio de terribles yermos apenas conocidos por el hombre, habitaba el Grifo cuya imagen había sido colocada sobre el portón de la iglesia. De una forma u

otra, el escultor de antaño lo había visto y, después, según el mejor recuerdo de su memoria, había copiado su figura en piedra. El Grifo nunca lo había sabido hasta que, cientos de años después, oyó de un pájaro, de un animal salvaje, o de alguna manera que ahora no es fácil de averiguar, que había una efigie suya en la vieja iglesia del pueblo lejano. Ahora bien, este Grifo no tenía ni idea de su aspecto. Nunca había visto un espejo, y los arroyos donde vivía eran tan turbulentos y violentos que no se podía encontrar un remanso de agua tranquila que reflejara la imagen de cualquier cosa que se asomara a él. Siendo, hasta donde podía saberse, el último de su estirpe, nunca había visto a otro grifo. Por eso, cuando oyó hablar de esta imagen de piedra de sí mismo, sintió una gran ansiedad por saber qué aspecto tenía, y finalmente decidió ir a la vieja iglesia y ver por sí mismo qué clase de ser era. Así que partió de los terribles yermos y voló sin cesar hasta que llegó a las tierras habitadas por los hombres, donde su aparición en el aire creó una gran consternación; pero no se posó en ninguna parte, manteniendo un vuelo constante hasta que alcanzó las afueras del pueblo que tenía su imagen en la iglesia. Allí, a última hora de la tarde, se posó en una verde pradera junto a un arroyo y se estiró en la hierba para descansar. Sus grandes alas estaban cansadas, pues no había hecho un vuelo tan largo en un siglo o más.

La noticia de su llegada se extendió rápidamente por el pueblo, y la gente, casi muerta de miedo por la llegada de tan extraordinario visitante, huyó a sus casas y se encerró. El Grifo llamó a gritos para que alguien acudiera a él, pero cuanto más llamaba, más miedo tenía la gente de mostrarse. Al fin vio a dos labradores que se apresuraban hacia sus casas a través de los campos, y con una voz terrible les ordenó que se detuvieran. Sin atreverse a desobedecer, los hombres se quedaron de pie, temblando.

—¿Qué os pasa a todos? —gritó el Grifo—. ¿No hay en vuestro pueblo un hombre lo bastante valiente como para hablarme?

—Creo —dijo uno de los labradores, con la voz tan temblorosa que apenas se le entendían las palabras— que... tal vez... el Canónigo

Menor... vendría.

—¡Id a llamarlo, entonces! —dijo el Grifo—. Quiero verlo.

El Canónigo Menor, que ocupaba un puesto subordinado en la vieja iglesia, acababa de terminar los oficios de la tarde y salía por una puerta lateral con tres ancianas que habían formado la congregación de entre semana. Era un joven de carácter amable y muy deseoso de hacer el bien a la gente del pueblo. Aparte de sus deberes en la iglesia, donde oficiaba servicios todos los días de la semana, visitaba a los enfermos y a los pobres, aconsejaba y ayudaba a las personas que estaban en apuros, y dirigía una escuela compuesta enteramente por los niños más revoltosos del pueblo, con los que nadie más quería tener nada que ver. Siempre que la gente quería que se hiciera algo difícil por ellos, acudían al Canónigo Menor. Así fue como el labrador pensó en el joven sacerdote cuando se dio cuenta de que alguien debía ir a hablar con el Grifo.

El Canónigo Menor no se había enterado del extraño suceso, que era conocido por todo el pueblo excepto por él y las tres ancianas, y cuando fue informado de ello, y se le dijo que el Grifo había pedido verlo, se quedó muy asombrado y asustado.

—¡A mí! —exclamó—. ¡Nunca ha oído hablar de mí! ¿Qué podría querer de mí?

—¡Oh, debe ir al instante! —gritaron los dos hombres—. Ahora está muy enfadado porque se le ha hecho esperar tanto; y nadie sabe lo que puede pasar si no se da prisa en ir.

El pobre Canónigo Menor habría preferido que le cortaran una mano antes que salir al encuentro de un grifo enfadado; pero sintió que era su deber ir, pues sería una cosa lamentable que algún daño sobreviniera a la gente del pueblo porque él no fuera lo bastante valiente para obedecer la llamada del Grifo. Así que, pálido y asustado, se puso en marcha.

—Bueno —dijo el Grifo, en cuanto el joven se acercó—, me alegra ver que hay alguien que tiene el valor de venir a mí.

El Canónigo Menor no se sentía muy valeroso, pero inclinó la cabeza.

—¿Es este el pueblo —dijo el Grifo— donde hay una iglesia con una efigie mía sobre una de las puertas?

El Canónigo Menor miró a la espantosa criatura que tenía delante y vio que era, sin duda, exactamente igual a la imagen de piedra de la iglesia.

—Sí —dijo—, está en lo cierto.

—Bien, entonces —dijo el Grifo—, ¿me llevarás a ella? Deseo mucho verla.

El Canónigo Menor pensó al instante que si el Grifo entraba en el pueblo sin que la gente supiera a qué venía, algunos de ellos probablemente morirían de miedo, por lo que trató de ganar tiempo para preparar sus ánimos.

—Está oscureciendo ya —dijo, muy temeroso, mientras hablaba, de que sus palabras pudieran enfurecer al Grifo—, y los objetos en la fachada de la iglesia no se pueden ver con claridad. Será mejor esperar hasta la mañana, si desea tener una buena vista de su imagen de piedra.

—Eso me vendrá muy bien —dijo el Grifo—. Veo que es usted un hombre de buen juicio. Estoy cansado, y voy a echar una siesta aquí, en esta hierba blanda, mientras enfrío mi cola en el arroyuelo que corre cerca. La punta de mi cola se pone al rojo vivo cuando estoy enfadado o excitado, y ahora está bastante caliente. Así que puede irse, pero asegúrese de venir mañana temprano por la mañana y mostrarme el camino a la iglesia.

El Canónigo Menor se alegró mucho de despedirse y se apresuró a entrar en el pueblo. Frente a la iglesia encontró a una gran multitud reunida para oír el informe de su entrevista con el Grifo. Cuando supieron que no había venido a sembrar la ruina y la devastación, sino simplemente a ver su efigie de piedra en la iglesia, no mostraron ni alivio ni satisfacción, sino que empezaron a reprochar

al Canónigo Menor por haber consentido en conducir a la criatura al pueblo.

—¿Qué podía hacer? —exclamó el joven—. Si no lo traía, vendría él mismo y, tal vez, acabaría por prender fuego al pueblo con su cola al rojo vivo.

Aun así, la gente no estaba satisfecha, y se propusieron muchos planes para impedir que el Grifo entrara en el pueblo. Algunas personas mayores instaron a los jóvenes a que salieran y lo mataran; pero los jóvenes se burlaron de una idea tan ridícula. Entonces alguien dijo que sería bueno destruir la imagen de piedra para que el Grifo no tuviera excusa para entrar en el pueblo; y esta propuesta fue recibida con tanto favor que muchos corrieron a por martillos, cinceles y palanquetas, con los que derribar y destrozaron el grifo de piedra. Pero el Canónigo Menor se opuso a este plan con toda la fuerza de su mente y de su cuerpo. Aseguró a la gente que esta acción enfurecería al Grifo sin medida, pues sería imposible ocultarle que su imagen había sido destruida durante la noche. Pero la gente estaba tan decidida a destrozarse el grifo de piedra que el Canónigo Menor vio que no le quedaba más remedio que quedarse allí y protegerlo. Toda la noche se paseó de un lado a otro frente a la puerta de la iglesia, manteniendo a raya a los hombres que traían escaleras, con las que podrían subir hasta el gran grifo de piedra y hacerlo pedazos con sus martillos y palanquetas. Después de muchas horas, la gente se vio obligada a abandonar sus intentos y se fue a casa a dormir; pero el Canónigo Menor permaneció en su puesto hasta la madrugada, y entonces se apresuró a ir al campo donde había dejado al Grifo.

El monstruo acababa de despertar y, levantándose sobre sus patas delanteras y sacudiéndose, dijo que estaba listo para entrar en el pueblo. El Canónigo Menor, por lo tanto, caminó de regreso, con el Grifo volando lentamente por el aire, a poca distancia por encima de la cabeza de su guía. No se veía a nadie en las calles, y se dirigieron directamente a la fachada de la iglesia, donde el Canónigo Menor señaló el grifo de piedra.

El Grifo real se posó en la pequeña plaza frente a la iglesia y contempló con atención su efigie esculpida. Durante mucho tiempo la miró. Primero ladeó la cabeza hacia un lado y luego hacia el otro; después cerró el ojo derecho y miró con el izquierdo, tras lo cual cerró el ojo izquierdo y miró con el derecho. Luego se movió un poco hacia un lado y miró la imagen, y después se movió hacia el otro. Al cabo de un rato, le dijo al Canónigo Menor, que había estado de pie a su lado todo este tiempo:

—¡Es, debe de ser, un parecido excelente! ¡Esa anchura entre los ojos, esa frente despejada, esas mandíbulas macizas! Siento que debe de parecérmele. Si hay algún defecto que encontrarle, es que el cuello parece un poco rígido. Pero eso no es nada. ¡Es un parecido admirable, admirable!

El Grifo se quedó mirando su imagen toda la mañana y toda la tarde. El Canónigo Menor había tenido miedo de marcharse y dejarlo solo, y había esperado durante todo el día que pronto se sintiera satisfecho con su inspección y se fuera volando a casa. Pero al atardecer, el pobre joven estaba completamente agotado y sintió que debía comer y dormir. Admitió francamente este hecho al Grifo y le preguntó si no le apetecería algo de comer. Dijo esto porque se sintió obligado por cortesía a hacerlo, pero tan pronto como pronunció las palabras, le invadió el temor de que el monstruo exigiera media docena de bebés, o algún tentador manjar de ese tipo.

—Oh, no —dijo el Grifo—, nunca como entre los equinoccios. En el equinoccio de primavera y en el de otoño hago una buena comida, y eso me dura medio año. Soy extremadamente regular en mis hábitos, y no creo que sea saludable comer a deshoras. Pero si usted necesita comida, vaya a buscarla, y yo volveré a la hierba blanda donde dormí anoche y echaré otra siesta.

Al día siguiente, el Grifo volvió a la pequeña plaza frente a la iglesia y permaneció allí hasta el atardecer, contemplando fijamente el grifo de piedra sobre el portón. El Canónigo Menor vino una o dos veces a verlo, y el Grifo pareció muy contento de verlo; pero el joven

clérigo no pudo quedarse como lo había hecho antes, pues tenía muchos deberes que cumplir. Nadie iba a la iglesia, pero la gente acudía a la casa del Canónigo Menor y le preguntaba ansiosamente cuánto tiempo iba a quedarse el Grifo.

—No lo sé —respondía—, pero creo que pronto se sentirá satisfecho de contemplar su efigie de piedra, y entonces se marchará.

Pero el Grifo no se marchó. Mañana tras mañana acudía a la iglesia, pero al cabo de un tiempo ya no se quedaba allí todo el día. Parecía haberle tomado un gran afecto al Canónigo Menor, y lo seguía mientras este desempeñaba sus diversas ocupaciones. Lo esperaba en la puerta lateral de la iglesia, pues el Canónigo Menor oficiaba servicios todos los días, por la mañana y por la tarde, aunque ahora no acudía nadie. «Si alguien viniera», se decía, «debe encontrarme en mi puesto». Cuando el joven salía, el Grifo lo acompañaba en sus visitas a los enfermos y a los pobres, y a menudo se asomaba a las ventanas de la escuela donde el Canónigo Menor enseñaba a sus revoltosos alumnos. Todas las demás escuelas estaban cerradas, pero los padres de los alumnos del Canónigo Menor los obligaban a ir a la escuela, porque eran tan malos que no podían soportarlos todo el día en casa, con grifo o sin grifo. Pero hay que decir que, por lo general, se portaban muy bien cuando aquel gran monstruo se sentaba sobre su cola y miraba por la ventana del aula.

Cuando se percibió que el Grifo no daba señales de marcharse, todas las personas que pudieron hacerlo abandonaron el pueblo. Los canónigos y los altos cargos de la iglesia habían huido durante el primer día de la visita del Grifo, dejando atrás solo al Canónigo Menor y a algunos de los hombres que abrían las puertas y barrían la iglesia. Todos los ciudadanos que podían permitírselo cerraron sus casas y viajaron a lugares lejanos, y solo quedaron atrás los trabajadores y los pobres. Después de algunos días, estos se aventuraron a salir y a atender sus asuntos, pues si no trabajaban, se morirían de hambre. Se estaban acostumbrando un poco a ver al

Grifo y, como se les había dicho que no comía entre equinoccios, no le tenían tanto miedo como antes.

Día a día, el Grifo se apegaba más y más al Canónigo Menor. Se mantenía cerca de él gran parte del tiempo y a menudo pasaba la noche frente a la casita donde el joven clérigo vivía solo. Esta extraña compañía era a menudo una carga para el Canónigo Menor; pero, por otro lado, no podía negar que obtenía de ella un gran beneficio e instrucción. El Grifo había vivido durante cientos de años y había visto mucho; y le contó al Canónigo Menor muchas cosas maravillosas.

«Es como leer un libro antiguo», se decía el joven clérigo; «¡pero cuántos libros habría tenido que leer antes de descubrir lo que el Grifo me ha contado sobre la tierra, el aire, el agua, sobre los minerales y los metales, y las plantas, y todas las maravillas del mundo!».

Así pasó el verano y se acercaba a su fin. Y ahora la gente del pueblo empezó a estar de nuevo muy preocupada.

—No falta mucho —decían— para que llegue el equinoccio de otoño, y entonces ese monstruo querrá comer. Estará terriblemente hambriento, pues ha hecho mucho ejercicio desde su última comida. Devorará a nuestros hijos. Sin duda, se los comerá a todos. ¿Qué se puede hacer?

A esta pregunta nadie podía dar una respuesta, pero todos estaban de acuerdo en que no se debía permitir que el Grifo se quedara hasta el próximo equinoccio. Después de discutir mucho el asunto, una multitud de gente fue a ver al Canónigo Menor, en un momento en que el Grifo no estaba con él.

—Toda la culpa es suya —dijeron— de que ese monstruo esté entre nosotros. Usted lo trajo aquí, y usted debería procurar que se vaya. Solo por usted se queda aquí, pues, aunque visita su imagen todos los días, está con usted la mayor parte del tiempo. Si usted no estuviera aquí, no se quedaría. Es su deber marcharse y entonces él

lo seguirá, y nos libraremos del terrible peligro que se cierne sobre nosotros.

—¡Marcharme! —exclamó el Canónigo Menor, muy afligido por que le hablaran de esa manera—. ¿Adónde iré? Si voy a otro pueblo, ¿no llevaré este problema allí? ¿Tengo derecho a hacer eso?

—No —dijo la gente—, no debe ir a ningún otro pueblo. No hay ningún pueblo lo suficientemente lejos. Debe ir a los terribles yermos donde vive el Grifo; y entonces él lo seguirá y se quedará allí.

No dijeron si esperaban o no que el Canónigo Menor se quedara también allí, y él no les preguntó nada al respecto. Inclino la cabeza y entró en su casa, a pensar. Cuanto más pensaba, más claro se le hacía a su mente que era su deber marcharse y así liberar al pueblo de la presencia del Grifo.

Aquella noche llenó una bolsa de cuero con pan y carne, y a la mañana siguiente, muy temprano, emprendió su viaje hacia los terribles yermos. Fue un viaje largo, fatigoso y lúgubre, especialmente después de haber dejado atrás las moradas de los hombres, pero el Canónigo Menor continuó valientemente y nunca vaciló. El camino fue más largo de lo que había esperado, y sus provisiones pronto escasearon tanto que se vio obligado a comer solo un poco cada día, pero mantuvo el ánimo, siguió adelante y, después de muchos días de penoso viaje, llegó a los terribles yermos.

Cuando el Grifo descubrió que el Canónigo Menor había abandonado el pueblo, pareció apenado, pero no mostró disposición a ir a buscarlo. Pasados unos días, se sintió muy molesto y preguntó a algunas personas adónde había ido el Canónigo Menor. Pero, aunque los ciudadanos habían estado tan ansiosos de que el joven clérigo fuera a los terribles yermos, pensando que el Grifo lo seguiría inmediatamente, ahora tenían miedo de mencionar el destino del Canónigo Menor, pues el monstruo ya parecía enfadado, y, si sospechaba su engaño, sin duda se enfurecería mucho. Así que

todos dijeron que no sabían, y el Grifo vagaba desconsolado. Una mañana se asomó a la escuela del Canónigo Menor, que ahora estaba siempre vacía, y pensó que era una lástima que todo tuviera que sufrir por la ausencia del joven.

—No importa tanto lo de la iglesia —dijo—, porque allí no iba nadie; pero es una pena lo de la escuela. Creo que la enseñaré yo mismo hasta que él regrese.

Era la hora de abrir la escuela, y el Grifo entró y tiró de la cuerda que hacía sonar la campana. Algunos de los niños que oyeron la campana corrieron para ver qué pasaba, suponiendo que era una broma de uno de sus compañeros; pero cuando vieron al Grifo se quedaron asombrados y asustados.

—Id a decir a los demás alumnos —dijo el monstruo— que la escuela está a punto de empezar, y que si no están todos aquí en diez minutos, iré a por ellos.

En siete minutos, todos los alumnos estaban en su sitio.

Nunca se vio una escuela tan ordenada. Ni un solo niño o niña se movió, ni pronunció un susurro. El Grifo se subió al asiento del maestro, con sus anchas alas extendidas a cada lado, porque no podía reclinarsse en la silla mientras sobresalían por detrás, y su gran cola enrollada delante del pupitre, con la punta de arpón levantada, lista para golpear a cualquier niño o niña que se portara mal. El Grifo se dirigió entonces a los alumnos, diciéndoles que tenía la intención de enseñarles mientras su maestro estaba ausente. Al hablar, se esforzó por imitar, en la medida de lo posible, los tonos suaves y amables del Canónigo Menor, pero hay que admitir que en esto no tuvo mucho éxito. Había prestado mucha atención a los estudios de la escuela, y decidió no intentar enseñarles nada nuevo, sino repasar lo que habían estado estudiando; así que llamó a las distintas clases y les preguntó sobre sus lecciones anteriores. Los niños se devanaron los sesos para recordar lo que habían aprendido. Tenían tanto miedo del disgusto del Grifo que recitaron como nunca antes

lo habían hecho. Uno de los niños, muy al final de su clase, respondió tan bien que el Grifo se quedó asombrado.

—Yo pensaría que deberías estar a la cabeza —dijo él—. Estoy seguro de que nunca has tenido la costumbre de recitar tan bien. ¿Por qué es esto?

—Porque no me daba la gana tomarme la molestia —dijo el niño, temblando de pies a cabeza. Se sintió obligado a decir la verdad, pues todos los niños pensaban que los grandes ojos del Grifo podían ver a través de ellos, y que sabría cuándo decían una mentira.

—Deberías avergonzarte de ti mismo —dijo el Grifo—. Vete al final de la clase, y si no estás a la cabeza en dos días, sabré por qué.

A la tarde siguiente, este niño era el número uno.

Era asombroso lo mucho que estos niños aprendían ahora de lo que habían estado estudiando. Era como si los hubieran educado de nuevo. El Grifo no usó ninguna severidad con ellos, pero había algo en su aspecto que hacía que no quisieran acostarse hasta estar seguros de saberse las lecciones para el día siguiente.

El Grifo pensó entonces que debía visitar a los enfermos y a los pobres; y empezó a recorrer el pueblo con este propósito. El efecto sobre los enfermos fue milagroso. Todos, excepto los que estaban muy graves, saltaron de sus camas cuando oyeron que venía y se declararon completamente bien. A los que no podían levantarse, les dio hierbas y raíces, que ninguno de ellos había considerado antes como medicinas, pero que el Grifo había visto usar en diversas partes del mundo; y la mayoría de ellos se recuperaron. Pero, a pesar de todo, después dijeron que, pasara lo que les pasara, esperaban no volver a tener nunca a un médico así acudiendo a sus lechos, tomándoles el pulso y mirándoles la lengua.

En cuanto a los pobres, parecían haber desaparecido por completo. Todos los que habían dependido de la caridad para su pan de cada día ahora trabajaban de una forma u otra; muchos de ellos se ofrecían a hacer trabajos esporádicos para sus vecinos solo a

cambio de la comida, algo que antes rara vez se había oído en el pueblo. El Grifo no pudo encontrar a nadie que necesitara su ayuda.

El verano ya había pasado y el equinoccio de otoño se acercaba rápidamente. Los ciudadanos se encontraban en un estado de gran alarma y ansiedad. El Grifo no daba señales de marcharse, sino que parecía haberse instalado permanentemente entre ellos. En poco tiempo, llegaría el día de su comida semestral, y entonces, ¿qué pasaría? El monstruo estaría ciertamente muy hambriento y devoraría a todos sus hijos.

Ahora lamentaban y se quejaban enormemente de haber despedido al Canónigo Menor; él era el único en quien podían haber confiado en este apuro, pues podía hablar libremente con el Grifo y así averiguar qué se podía hacer. Pero no convenía quedarse inactivos. Había que tomar alguna medida de inmediato. Se convocó una reunión de los ciudadanos y se designó a dos ancianos para que fueran a hablar con el Grifo. Se les instruyó que le ofrecieran prepararle una espléndida cena el día del equinoccio, una que satisficiera por completo su hambre. Le ofrecerían el cordero más gordo, la ternera más tierna, pescado y caza de diversas clases, y cualquier cosa de ese tipo que se le antojara. Si nada de esto le convenía, debían mencionar que había un orfanato en el pueblo de al lado.

—Cualquier cosa sería mejor —decían los ciudadanos— que ver a nuestros queridos hijos devorados.

Los ancianos fueron a ver al Grifo, pero sus proposiciones no fueron recibidas con agrado.

—Por lo que he visto de la gente de este pueblo —dijo el monstruo—, no creo que pudiera gustarme nada que fuera preparado por ellos. Parecen ser todos unos cobardes y, por lo tanto, mezquinos y egoístas. En cuanto a comerme a uno de ellos, viejo o joven, no podría ni pensarlo por un momento. De hecho, solo había una criatura en todo el lugar por la que podría haber tenido apetito,

y ese es el Canónigo Menor, que se ha marchado. Era valiente, bueno y honesto, y creo que lo habría saboreado.

—¡Ah! —dijo uno de los ancianos muy cortésmente—, ¡en ese caso, ojalá no lo hubiéramos enviado a los terribles yermos!

—¡Cómo! —gritó el Grifo—. ¿Qué quiere decir? ¡Explique inmediatamente de qué está hablando!

El anciano, terriblemente asustado por lo que había dicho, se vio obligado a contar cómo el Canónigo Menor había sido enviado por la gente, con la esperanza de que el Grifo pudiera ser inducido a seguirlo.

Cuando el monstruo oyó esto, se puso furiosamente enojado. Se alejó de los ancianos y, desplegando sus alas, voló de un lado a otro sobre el pueblo. Estaba tan excitado que su cola se puso al rojo vivo y brilló como un meteoro contra el cielo del atardecer. Cuando finalmente se posó en el pequeño campo donde solía descansar y metió la cola en el arroyo, el vapor se elevó como una nube, y el agua del arroyo corrió caliente por el pueblo. Los ciudadanos estaban muy asustados y culparon amargamente al anciano por haber hablado del Canónigo Menor.

—Está claro —dijeron— que el Grifo tenía la intención de ir a buscarlo al final, y nos habríamos salvado. Ahora, quién sabe qué desdicha nos has traído.

El Grifo no permaneció mucho tiempo en el pequeño campo. Tan pronto como su cola se enfrió, voló al ayuntamiento y tocó la campana. Los ciudadanos sabían que se esperaba que acudieran allí, y aunque tenían miedo de ir, aún tenían más miedo de quedarse en casa; y se agolparon en el salón. El Grifo estaba en la plataforma en un extremo, batiendo sus alas y paseándose de un lado a otro, y la punta de su cola estaba todavía tan caliente que chamuscaba ligeramente las tablas al arrastrarla tras de sí.

Cuando todos los que pudieron venir estuvieron allí, el Grifo se detuvo y se dirigió a la asamblea.

—He tenido una opinión despreciable de vosotros —dijo— desde que descubrí lo cobardes que sois, pero no tenía ni idea de que fuerais tan ingratos, egoístas y crueles como ahora descubro que sois. Aquí estaba vuestro Canónigo Menor, que trabajaba día y noche por vuestro bien, y no pensaba en otra cosa que en cómo beneficiaros y haceros felices; y tan pronto como os imagináis amenazados por un peligro —pues bien sé que me tenéis un miedo espantoso—, lo despacháis, sin importaros si regresa o perece, esperando así salvaros vosotros mismos. Ahora bien, yo le había tomado un gran afecto a ese joven, y tenía la intención, en un día o dos, de ir a buscarlo. Pero he cambiado de opinión sobre él. Iré a buscarlo, pero lo enviaré de vuelta aquí para que viva entre vosotros, y tengo la intención de que disfrute de la recompensa de su trabajo y sus sacrificios. Id, algunos de vosotros, a ver a los oficiales de la iglesia, que tan cobardemente huyeron cuando llegué por primera vez, y decidles que no vuelvan nunca a este pueblo bajo pena de muerte. Y si, cuando vuestro Canónigo Menor vuelva a vosotros, no os postráis ante él, lo ponéis en el lugar más alto entre vosotros, y lo servís y honráis toda su vida, iguardaos de mi terrible venganza! Solo había dos cosas buenas en este pueblo: el Canónigo Menor y la imagen de piedra de mí mismo sobre la puerta de vuestra iglesia. A uno de ellos lo habéis expulsado, y el otro me lo llevaré yo mismo.

Con estas palabras despidió la reunión, y ya era hora, pues la punta de su cola se había calentado tanto que había peligro de que prendiera fuego al edificio.

A la mañana siguiente, el Grifo acudió a la iglesia y, arrancando la imagen de piedra de sí mismo de sus fijaciones sobre el gran portón, la sujetó con sus poderosas patas delanteras y voló por los aires. Luego, después de cernerse sobre el pueblo por un momento, dio a su cola una sacudida de enojo y emprendió el vuelo hacia los terribles yermos. Cuando llegó a esta desolada región, colocó el Grifo de piedra en una cornisa de una roca que se alzaba frente a la lúgubre cueva que llamaba su hogar. Allí la imagen ocupaba una posición algo similar a la que había tenido sobre la puerta de la

iglesia; y el Grifo, jadeando por el esfuerzo de transportar una carga tan enorme a una distancia tan grande, se tumbó en el suelo y la contempló con mucha satisfacción. Cuando se sintió algo descansado, fue a buscar al Canónigo Menor. Encontró al joven, débil y medio muerto de hambre, yaciendo a la sombra de una roca. Después de recogerlo y llevarlo a su cueva, el Grifo voló a un pantano lejano, donde consiguió algunas raíces y hierbas que bien sabía que eran fortalecedoras y beneficiosas para el hombre, aunque él mismo nunca las había probado. Después de comerlas, el Canónigo Menor se reanimó mucho, y se sentó y escuchó mientras el Grifo le contaba lo que había sucedido en el pueblo.

—¿Sabe usted —dijo el monstruo, cuando hubo terminado— que le he tenido, y todavía le tengo, un gran afecto?

—Me alegra mucho oírlo —dijo el Canónigo Menor, con su habitual cortesía.

—No estoy del todo seguro de que se alegraría —dijo el Grifo— si entendiera a fondo el estado de la cuestión, pero no vamos a considerar eso ahora. Si algunas cosas fueran diferentes, otras cosas serían de otro modo. Me he enfurecido tanto al descubrir la manera en que ha sido tratado que he decidido que finalmente disfrutará de las recompensas y honores a los que tiene derecho. Acuéstese y duerma bien, y luego lo llevaré de vuelta al pueblo.

Al oír estas palabras, una expresión de preocupación apareció en el rostro del joven.

—No necesita preocuparse —dijo el Grifo— por mi regreso al pueblo. No me quedaré allí. Ahora que tengo esa admirable efigie de mí mismo frente a mi cueva, donde puedo sentarme a mi antojo y contemplar sus nobles rasgos y magníficas proporciones, no tengo ningún deseo de ver esa morada de gente cobarde y egoísta.

El Canónigo Menor, aliviado de sus temores, se recostó y se quedó adormilado; y cuando estuvo profundamente dormido, el Grifo lo tomó y lo llevó de vuelta al pueblo. Llegó justo antes del amanecer, y poniendo al joven suavemente sobre la hierba en el pequeño

campo donde él mismo solía descansar, el monstruo, sin haber sido visto por nadie, voló de regreso a su hogar.

Cuando el Canónigo Menor hizo su aparición por la mañana entre los ciudadanos, el entusiasmo y la cordialidad con que fue recibido fueron verdaderamente maravillosos. Lo llevaron a una casa que había sido ocupada por uno de los altos oficiales desterrados del lugar, y todos estaban ansiosos por hacer todo lo posible por su salud y comodidad. La gente abarrotaba la iglesia cuando él oficiaba los servicios, de modo que las tres ancianas que solían ser su congregación de entre semana no podían conseguir los mejores asientos, que siempre habían tenido la costumbre de ocupar; y los padres de los niños revoltosos decidieron reformarlos en casa, para que se le ahorrara la molestia de mantener su antigua escuela. El Canónigo Menor fue nombrado para el cargo más alto de la antigua iglesia, y antes de morir, llegó a ser obispo.

Durante los primeros años después de su regreso de los terribles yerros, la gente del pueblo lo admiraba como a un hombre al que estaban obligados a honrar y reverenciar; pero a menudo, también, miraban al cielo para ver si había alguna señal del regreso del Grifo. Sin embargo, con el tiempo, aprendieron a honrar y reverenciar a su antiguo Canónigo Menor sin el temor de ser castigados si no lo hacían.

Pero nunca debieron tener miedo del Grifo. El día del equinoccio de otoño llegó, y el monstruo no comió nada. Si no podía tener al Canónigo Menor, no le importaba nada. Así que, yaciendo con los ojos fijos en el gran grifo de piedra, fue decayendo gradualmente y murió. Fue una suerte para algunos de los habitantes del pueblo que no supieran esto.

Si alguna vez visita usted el viejo pueblo, todavía verá los pequeños grifos a los lados de la iglesia; pero el gran grifo de piedra que estaba sobre el portón ha desaparecido.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB